



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. V - Nº 56 Diciembre de 2022



*Venciendo las tinieblas,
nace el Sol de justicia*

Mensajes de Dios



***L**as ardillas son animales muy graciosos! Quien los ve jugando entiende que Dios los creó con la intención de hacer sonreír al hombre.*

Hay una variedad enorme de ardillas: algunas con una cola muy bonita y elegante, unas más grandes, otras pequeñas, siempre juguetonas, saltando de un lado para otro. Son un encanto que, sin embargo, no fuerza a la seriedad a salir de su sitio para gozar de él. Por eso, sirven de distracción para el hombre serio.

Todas las ardillas que Dios creó desde el comienzo del mundo y creará hasta el fin constituyen una colección. Entonces, es una bonita meditación mirar a una de ellas y pensar: "¡Cuántos tipos de ardillas hubo y aún habrá! ¡Qué riqueza la obra de Dios! ¡Qué maravilla hay en eso!"

En efecto, cada creatura es como que un mensaje de Dios que nos dice:

"Nota, hijo mío, Yo soy así. El esplendor de todas las auroras, la majestad de todos los mediodías y la dignidad victoriosa de todos los atardeceres, todo eso me refleja. Pero mira ahora la ardilla y, mientras que ella te hace sonreír, comprende que hay algo por donde Yo soy infinitamente placentero, atrayente, sosegado. En mí está la matriz infinita de aquello que vuelve a la ardilla tan graciosa. Yo soy la majestad, la bondad, pero también la caricia y la gracia. Son esos algunos mensajes que te envío."

(Extraído de conferencias del 20/3/1988 y 12/10/1985)

Sumario

Vol. V - No. 56 Diciembre de 2022



En la portada,
el Dr. Plinio en
diciembre de 1988

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de
exposiciones verbales del Dr. Plinio
— designadas como “conferencias” —
son adaptadas al lenguaje escrito,
sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

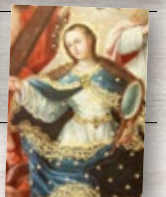
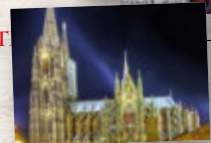
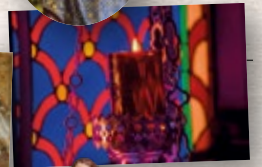
PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- EDITORIAL**
- 4 *La Navidad y el núcleo de la lucha*
- PIEDAD PLINIANA**
- 5 *Madre mía, por vuestra bondad, ¡salvadme!*
- DOÑA LUCILIA**
- 6 *Vitral de Dios*
- ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA**
- 10 *Apareció la benignidad de nuestro Salvador*
- REFLEXIONES TEOLÓGICAS**
- 13 *¡Inefables perfecciones morales reflejadas en un Niño!*
- DENUNCIA PROFÉTICA**
- 16 *El padre de los totalitarismos*
- SANTORAL**
- 20 *Santos de Diciembre*
- HAGIOGRAFÍA**
- 22 *Mártir de la libertad de la Iglesia*
- GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO**
- 29 *La Promesa de Genazzano*
- LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA**
- 32 *Obra de hombres, Obra de Dios*
- ÚLTIMA PÁGINA**
- 36 *Modelo para los contrarrevolucionarios*



La Navidad y el núcleo de la lucha

Celebramos en la Navidad este hecho sublime: El Verbo se hizo carne en las entrañas purísimas de la Virgen María y habitó entre nosotros.

Dios creó todos los seres en una jerarquía perfecta: Ángeles, hombres, animales, plantas, minerales. Y decidió, desde toda la eternidad, unirse a una de sus criaturas –en una unión que la teología denomina hipostática– a fin de elevar esa naturaleza hasta su propia divinidad.

Así, en Nuestro Señor Jesucristo la Segunda Persona de la Santísima Trinidad se unió a su humanidad, constituyendo una sola Persona Divina con dos naturalezas, la divina y la humana.

Entre la variedad inmensa de seres creados, Dios no escogió para tal unión la criatura más elevada, sino aquella que, de cierto modo, participaba de todas las naturalezas, a fin de, por esta manera, honrar toda la Creación.

En efecto, en la jerarquía del universo están en primer lugar los Ángeles, puros espíritus; en seguida viene la naturaleza humana, compuesta de espíritu y materia; después comienza el reino de la materia, con grados de vida diversos, terminando en la materia inerte, tan magnífica y jerarquizada ella misma, si consideramos la inmensa gama de seres existentes, desde las piedras que se pisan inadvertidamente en la calle hasta las joyas más preciosas o los astros más luminosos.

Con la Encarnación, los Ángeles buenos se regocijaron por ver su naturaleza espiritual honrada. Y, sin duda, si los animales, las plantas y las piedras pensarán, cantarían de alegría en Navidad, pues se puede admitir que, en la Noche Santa, todos crecieron enormemente en brillo porque “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1, 14).

Con todo, Dios honró especialmente al género humano, no solo por haber escogido un hombre para establecer la unión hipostática, sino por elevar una mera criatura humana a la dignidad de Madre de la cual Él habría de nacer. Nuestra Señora aparece, así, como el fundamento honorífico de la humanidad.

Todo el proyecto de la creación tiene, por lo tanto, un sentido específico en función de la humanidad: la lucha para la salvación de los hombres a fin de que den gloria a Dios, correspondan a sus designios y hagan su voluntad en la tierra como en el cielo, toma una importancia que envuelve la creación entera.

El centro de esa guerra es la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, y lo más selecto de las fuerzas, tanto del bien como del mal, combaten en ese campo de batalla arquetípicamente sagrado, constituido por nosotros, los seres humanos.

Al terminar un nuevo año, el panorama de esa lucha se presenta así: una enorme confusión diseminada por todas partes por los hijos de las tinieblas. Confusión dentro y fuera de la Iglesia, confusión en el terreno eclesiástico, civil, político, social, económico; todo no es sino ambigüedad y caos.

A la vista de tanta confusión entre batalladores de uno y otro lado, se diría que los verdaderos mentores de la lucha, esto es, los Ángeles y los demonios, soltaron las riendas de los acontecimientos y que los hombres, abandonados a sus limitaciones, no hacen sino burricies. Ahora bien, los espíritus angélicos nunca entregan las riendas de la batalla. Luego, son los demonios los que provocan la confusión y los Ángeles la combaten.

Por otro lado, aunque esta sea una guerra relacionada con la salvación del género humano y, por lo tanto, trabada principalmente por hombres, la desproporción existente entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas habla en favor de la angelización de la lucha. Así, caminamos para un entrecchoque en el cual la transparencia de las acciones angélica y diabólica quedará cada vez más clara.

El futuro está en las manos de Dios y en las oraciones de María, una vez que Ella obtiene todo cuanto pide. Roguemos, pues, a aquella a quien la Iglesia invoca como “Causa de nuestra alegría” y “Reina de los Ángeles”, para que derrame sobre el mundo una lluvia de gracias que limpie la faz de la tierra, disipe las tinieblas y haga brillar, bajo un cielo azul, el Sol de Justicia a una humanidad renovada.*

* Cf. Conferencia del 5/12/1981



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

La Virgen Inmaculada y el Niño – Galería Tosio Martinengo, Brescia, Italia



*Madre mía, por vuestra
bondad, ¡salvadme!*

iOh clemente, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María! Vos fuisteis concebida sin pecado original y nunca tuvisteis la menor falta, jamás dejasteis de progresar enteramente en todo lo que estaba en los designios divinos.

Sois la Virgen, por respeto a cuya virginidad el Omnipotente obró este milagro estupendo: quiso que fueseis al mismo tiempo Madre suya y Virgen antes, durante y después del parto; de tal manera vuestra virginidad es insondablemente valiosa.

Madre de Dios Hijo, sois también la Hija amadísima del Padre Eterno, y el mismo Espíritu Santo es vuestro Esposo que en Vos engendró al Niño Jesús. Tenéis, así, todo para ser atendida.

Además, sois llena de misericordia hacia los pecadores. Heme aquí, yo soy un pecador... Vengo, pues, de rodillas a pedirlos: Perdonadme, no miréis hacia mis pecados, sino hacia vuestra bondad. Considerad la Sangre que vuestro Divino Hijo derramó, pensad en las lágrimas que Vos misma vertisteis para que yo fuese salvado.

Madre mía, no por mis méritos sino por vuestra bondad, ¡salvadme!

(Compuesta el 29/11/1992)

El Divino Maestro enseñando – Catedral de Notre-Dame de París, Francia



Vitral de Dios

Alma profundamente recogida, Doña Lucilia transmitía a los que se acercaban a ella la luz divina, que iluminaba su interior, así como un vitral atravesado por el sol llena de colores una catedral.

Parece razonable que una persona que, por fidelidad al bien, es incomprendida y no tiene con quién comunicarse durante la vida, reciba como recompensa la posibilidad de comunicarse intensamente después de la muerte; se trata de un premio proporcionado.

Para recurrir a un ejemplo divino, con Nuestro Señor sucedió así. En parte, Él fue odiado por ser incomprendido, pues los más próximos no lo entendían.

Cuando Jesús dijo que su Cuerpo era verdadera comida y su Sangre verdadera bebida, algunos discípulos lo abando-

naron, pues esa afirmación les pareció demasiado fuerte. Entonces Él se volvió hacia los Apóstoles y preguntó:

– Y vosotros, ¿también me queréis abandonar?

Casi como si dijese:

– Tampoco confío en vosotros. ¿Queréis abandonarme?

A propósito, San Pedro dio una respuesta que no inspiraba confianza, porque, en vez de afirmar que jamás lo abandonaría, preguntó:

– ¿A quién iremos, si solo Vos tenéis palabras de vida eterna?

Lo cual se podría interpretar como: “Si otro tuviese palabras de vida

eterna, iríamos a experimentar. Pero como, por así decir, no tenemos dónde caernos muertos, nos quedamos con Vos.”

Por lo tanto, Nuestro Señor no fue comprendido.

Resultado: a pesar de haber aún mucha incompreensión, nunca nadie fue tan comprendido *post mortem* cuanto Él.

Se entiende, entonces, que Doña Lucilia, cuya influencia fue tan reprimida en vida, después de su muerte haya recibido la gracia de comunicarse enormemente a los otros.



Tumba de Doña Lucilia en el Cementerio de la Consolación – São Paulo, Brasil

Todo en Doña Lucilia era lo contrario de la mentalidad moderna

Uno de los factores que establecían una dificultad en la relación de mi madre con los demás era que muchas personas ya estaban puestas en la mentalidad de la civilización moderna, por la cual solo se habla del presente y del futuro y casi nunca del pasado. Inclusive hechos pasados de una familia, por lo menos en São Paulo y en nuestro ambiente, no se comentaban. Únicamente atraían las novedades que conllevaban la efervescencia de la vida cotidiana. Por esa causa, no se hablaba tampoco respecto a los fallecidos

de la familia; era como si nunca hubiesen existido.

Además, cualesquiera comentarios más elevados tendían a ser dados. Por ejemplo: críticas de orden moral: tal acción es buena o mala, tiene tal atenuante o tal agravante, haciendo un análisis de la cuestión. Análisis, no. Se toleraban comentarios muy rápidos seguidos de una exclamación elogiosa o despectiva, pero sucedida inmediatamente por otro tema, sustituyendo al anterior del modo más rápido posible.

Entre más breves fuesen las narraciones, más simples las frases y menos pormenores contuviesen, entre más pasajera resultase la inter-

vención de una persona, para dar ocasión a que todos interviniesen también, mejor era la conversación.

Ahora bien, con Doña Lucilia pasaba lo contrario. Los hechos más remotos eran los más interesantes, los episodios típicos que ella contaba para explicar situaciones humanas reportaban a los padres, abuelos, tíos, que no habíamos conocido; esos eran los arquetipos. Además, hacía largos comentarios con voz tranquila, muy matizada. Se mantenía, así, por fuera de la trepidación y de la tensión, en la calma y en el bienestar de quien reflexiona, eleva el alma y tiene un *tonus* religioso en el espíritu. El temperamento moderno se rebela contra ese modo de ser.





Gabriel K.



Relación con Dios

Eso que parece una bagatela, de hecho no lo es. Ese recogimiento constituye una condición previa para la vida espiritual. Alma recogida es aquella que, cuando no está con los otros, no se queda sola, sino que tiene todo un mundo interior con el cual se entretiene. Posee una serie de degustaciones interiores que, cuando nos aproximamos a ella, nos las transmite para que comencemos a degustarlas también y nos sintamos bien en ese recogimiento.

Sería casi una capacidad de insinuación, de embebernos como el aceite en un papel, por el cual las cosas que a la persona le gustan, ve y siente, ella nos las transmite y comenzamos a gustar, sentir y ver del mismo modo, cuando estamos recogidos.

El recogimiento no consiste en separarse de la convivencia para pensar, sino en convivir con Dios. El alma se encuentra embebida de Dios y, mirándose a sí misma, ve, por así decir, la luz divina que la ilumina.

Eso permite un fenómeno sobrenatural llamado intercambio de voluntades, el cual no significa propiamente asumir la voluntad de otra persona, sino cierto bien extrínseco a ella que ve-

mos; más o menos como si trajésemos a nuestro cuarto una lamparita con aceite: trajimos la lamparita, pero vino adentro el aceite.

Así sucede en el intercambio de voluntades: se trata de algo de Dios que embebe aquella alma y que, por su influencia personal, pasa a embebernos también. En último análisis, es Dios, en cuanto presente en un alma, que se comunica y se hace presente en la otra.

Sin embargo, la persona de quien Dios se sirve para comunicarse, no se queda indiferente a eso. Ella se asemeja a un vitral por el cual pasa la luz del sol, llenando de colores el interior de una catedral. La luz es del astro rey, pero el colorido es del vitral.

Don Chautard, en su libro *El alma de todo apostolado*, cuenta que un abogado parisiense fue a Ars a conocer a San Juan María Vianney. Cuando regresó a París, alguien le preguntó:

– ¿Y qué vio Ud. en Ars?

Él dijo:

– Vi a Dios en un hombre.

¿Cómo se ve la presencia de Dios en un hombre? Es, más o menos, como la del sol en un vitral: no vemos el sol de un lado y del otro el vitral, sino que la luz atraviesa el vidrio, lo ilumina y, con la misma mirada, contemplamos el vitral y el sol.

Entonces, las características personales, en cuanto iluminadas internamente por la santidad infinita de Dios, hacen ver a Dios a través de ellas.

Respeto y confianza en los superiores

Doña Lucilia ejercía esa acción junto a las personas, preparándolas, entre



Alan Marques

otras cosas, para admirar y reverenciar a las autoridades legítimas. Una característica muy presente en ella era el respeto y la confianza en los superiores. Quien fuese superior, a cualquier título, ella lo respetaba y tendía a mitificarlo.

Por ejemplo, mi madre tenía una tía solo seis años mayor que ella, de la cual era muy amiga. Siempre que se encontraban, inclusive cuando las dos ya eran abuelas, ella se dirigía a esa tía diciendo: “Tía Fulana, Ud...”. No lo hacía de un modo forzado; conversaban como dos amigas, pero mi madre la trataba así.

Se comprende que entre dos señoras muy amigas, una con sesenta años y otra con sesenta y seis, la edad no haga ninguna diferencia. Pero, por ser tía y un poco mayor, mi madre se sentía más unida a ella tratándola de “tía” y “Ud.” que de “tú”.

Hoy se diría: “Nosotras somos amiguísimas, ¡imagine que yo la tratase de ‘Ud.’! Eso nos distancia.” En el espíritu de Doña Lucilia, eso unía más.

Nunca noté en mi madre la más mínima señal de tristeza porque otros tuvieran más que ella. Al contrario, muchas veces se alegraba al ver a alguien que poseía más haberes adquiridos. Más aún, jamás se lamentaba de su propia situación. Siempre contenta, satisfecha, lo opuesto del igualitario inflexible a quien mandan a tributar respeto a alguien y enseguida piensa: “¡Qué verdugo!”

Cuando alguien se acercaba a Doña Lucilia, inhalaba toda esa dulzura propia de la atmósfera del alma del no envidioso, que ama a quien es más. Ella tenía mucho de esa dulzura,



El Dr. Plinio en 1980

Archivo Revista

afuera para ver el espejo. Era una atracción turística para cierto género de curiosos.

Si Doña Lucilia estuviese del lado de afuera admirando ese espejo y, de repente, parase un camión frente a la casa y fuese desembarcado otro mueble precioso para ser colocado en el mismo salón, su reacción normal sería de alegría: “¡Qué lindo va a quedar ese salón! ¡Me imagino la satisfacción de la condesa!” Y volvería a la casa contenta, contando cómo era el mueble, imaginando cómo quedaría bonito en el salón. Ella habría ganado su mañana. Esa es la actitud católica delante de un hecho así.

A mi modo de ver, Doña Lucilia tenía la capacidad de considerar, en todo, el aspecto por el cual cada ser era ima-

ra, sabía hacer dulce lo que era venerable. Acercándose a ella, la dulzura circundaba y convidaba. Basta ver el *Quadrinho*¹ para constatar eso. Allí está una persona que la edad hizo venerable, pero con tal intimidad que una jovencita de quince años tendría una conversación con ella, si quisiera.

Ver la arquetipia de las cosas

La *Fräulein*² Mathilde acostumbraba a contar en sus memorias que, en París, fue gobernanta en una familia de unos condes polacos riquísimos, en cuya residencia había un espejo tan bonito que, en determinada hora del día, cuando los criados abrían las ventanas del salón para limpiar, había gente del lado de

gen o semejanza de Dios; por lo tanto, de ver la arquetipia de las cosas y, por detrás de esta, lo que había en ella de divino. Mi madre veía eso más o menos en todo y constituía el *unum* de su alma, el cual traté de describir refiriéndome al respeto y a la admiración. Es algo de Dios que se deja ver por medio de ella. ❖

(Extraído de conferencia del 2/8/1980)

1) Cuadro al óleo que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.

2) En alemán: señorita. Gobernanta del Dr. Plinio y su hermana Rosée, de nacionalidad alemana.



Apareció la benignidad de nuestro Salvador

Samuel Holanda



Nacimiento de Jesús – Catedral de Manresa, España

Jesucristo divide la Historia en dos vertientes completamente diferentes. Él es la Sabiduría triunfal que domina el mundo de un extremo a otro. No obstante, la dulzura, la gloria y la suavidad de la Navidad discuerdan profundamente con el aspecto dramático del mundo contemporáneo. Hace casi ochenta años, el Dr. Plinio exhortaba con respecto al significado religioso de esta gran fecha.

Desafortunadamente, hoy son pocos los fieles que dan a la Navidad todo su significado. Para algunos, la fecha es un mero pretexto para conmemoraciones mundanas. Para otros, es una mera fiesta familiar en la que, como por accidente, también se conmemora el nacimiento del Salvador. Como Él nació niño, la fecha les interesa a los niños. Este es el único nexo entre las celebraciones

domésticas y religiosas de la Navidad. Para otros, finalmente, la Navidad es, por cierto, una fecha con un inmenso significado religioso.

Centro de la Historia y marco de una era completamente nueva

Pero la palabra “religioso” es tomada en este caso sólo en su sentido más es-

tricto. Cristo, Señor Nuestro, encarnándose y muriendo por nosotros, franqueó a todos los hombres las puertas del Cielo. Dentro del ámbito muy exactamente delimitado de las iglesias, la Navidad tiene, pues, un inmenso significado. Pero fuera de ahí, no tiene importancia.

Son poquísimos los que comprenden que, de hecho, la Navidad representa ante todo y por encima de todo, con la Encarnación de la Segun-

da Persona de la Santísima Trinidad, una honra inestimable para el pobre género humano y el primer marco de la vida terrena de nuestro Redentor, cuyo término sería nuestra salvación.

Además de ese significado primordial y esencial, la Navidad tiene otro: Jesucristo, encarnándose, evangelizando a los hombres, fundando la Santa Iglesia, muriendo por nosotros y salvándonos, abrió una era completamente nueva en la vida de los pueblos. Él renovó la Tierra. Y a ese título, la Encarnación del Verbo es el acontecimiento fundamental de la Historia de las civilizaciones, el marco inicial de los tiempos del hombre renovado. No es por mera ficción que se cuentan los años a partir del nacimiento de Cristo. Realmente, Jesucristo divide la Historia en dos vertientes completamente diferentes. El mundo antes de Él era uno, después pasó a ser otro. Son dos mundos. Casi se podría decir que son dos Historias.

En efecto, toda la civilización cristiana no es sino una consecuencia de la obra de la Redención. Sin la Redención, la civilización cristiana y católica sería imposible. Y como esa fue la mayor de las civilizaciones en la Historia, la única que merece verdaderamente el nombre de civilización, es incontestable que no hubo ni habrá una obra más alta ni más fundamental, inclusive desde el mero punto de vista de la civilización, que la que Cristo Señor Nuestro realizó.

La idea de que la Navidad es el centro de la Historia, se encuentra en toda la Liturgia de estos días.

Esperanza de un Salvador

Toda la antigüedad estuvo impregnada de la esperanza de un Salvador. Por Él ansiaron los profetas de la antigua Ley y todo el pueblo de Israel. Su advenimiento era el acontecimiento grande y fundamental delante del cual la formación y caída de los mayores imperios no tenía importancia.

De un modo todo particular, estos sentimientos de expectativa, que nos

muestran en su verdadera perspectiva los acontecimientos del mundo pagano –pequeños en presencia del gran acontecimiento que se esperaba–, están proclamados en las famosas antífonas de Adviento que siguen:

Oh, Sabiduría que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín, y ordenándolo todo con firmeza y suavidad: ven y muéstranos el camino de la salvación.

Oh Adonai, pastor de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente y en el Sinaí le diste tu ley: ven a librarnos con el poder de tu brazo.

Oh Renuevo del tronco de Jesé, que te alzas como un signo para los pueblos; ante quien los reyes enmudecen y cuyo auxilio imploran las naciones: ven a librarnos, no tardes más.

Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel; que abres y nadie puede cerrar, cierras y nadie puede abrir: ven y libra a los cautivos que viven en tinieblas y en sombra de muerte.

Oh Sol que naces de lo alto, Resplandor de la luz eterna, Sol de justicia: ven ahora a iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte.

Oh Rey de las naciones y Deseado de los pueblos, Piedra angular de la Iglesia, que haces de dos pueblos uno solo: ven y salva al hombre que formaste del barro de la tierra.

Oh Emmanuel, rey y legislador nuestro, esperanza de las naciones y salvador de los pueblos: ven a salvarnos, Señor Dios nuestro.



Profetas – Catedral de Santiago de Compostela

Tecedor Reis

Alegría triunfal y santísima

Esas exclamaciones magníficas de la Liturgia, extraídas de las Sagradas Escrituras, expresan el anhelo de todos los profetas, de todos los justos, por la venida del Mesías prometido.

A través de ellas trasparece con toda claridad el papel fundamental de Nuestro Señor Jesucristo, ya sea en la economía de la salvación, ya sea en la vida de todos los pueblos en esta Tierra. Él es la sabiduría triunfal que domina el mundo de un extremo a otro; Él, el Salvador que nos salvará “con la potencia de su brazo”; Él, que sacará al prisionero de la prisión, e iluminará a “los que están sentados a la sombra de la muerte”; Él, el Rey deseado, el Legislador omnipotente. Todas estas exclamaciones indican muy claramente un mundo que se debate en las tinieblas, en la impotencia, en la tristeza, y que Nuestro Señor Jesucristo vie-



ne a salvar, a reunir y elevar a la verdadera civilización.

Se comprende, pues, la alegría triunfal y santísima con que la Iglesia canta en el Introito de la Misa de la Aurora, en el día de Navidad: “La Luz brillará hoy sobre nosotros: porque nos ha nacido el Señor”, y en la Epístola recuerda las palabras de San Pablo a Tito: “Ha aparecido la benignidad y la humanidad de Dios, nuestro Salvador; nos ha salvado, no por las obras justas que hemos hecho nosotros, sino por su misericordia, mediante el baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros con abundancia por Jesucristo, nuestro Salvador: para que, justificados con su gracia, seamos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna: en Nuestro Señor Jesucristo.”

En el Introito de la próxima Misa, estas palabras de júbilo se acentúan una vez más: “Un Niño nos ha nacido, y un Hijo nos ha sido dado: cuyo imperio descansa en su hombro: y se llamará su nombre: Ángel del gran Consejo.” Cristo viene para el mundo entero: “Todos los confines de la tierra vieron la salvación de nuestro Dios; tierra toda, canta jubilosa a Dios. El Señor manifestó su salvación; reveló su justicia ante la faz de las gentes.”

Y en la Liturgia de ese día encontramos también la exclamación radiante: “Hoy Cristo nació, hoy apareció el Salvador, hoy sobre toda la Tierra cantan los Ángeles, se regocijan los Arcángeles, hoy todos los justos en transportes de alegría repiten: ‘Gloria a Dios en lo más alto de los cielos’. Aleluya.”

Aspecto dramático del mundo contemporáneo

Difiere profundamente de la dulzura, gloria y suavidad de ese cuadro magnífico el aspecto dramático del mundo contemporáneo. El pecado parece dominar el mundo entero. La guerra extiende por casi toda la Tierra sus devastaciones. El odio, la sensualidad y la impiedad campean desenfrenadas. Sin embargo,

continúa siendo verdadera la afirmación de la Liturgia: “A Vos, Señor, pertenecen los cielos, a Vos la tierra; sois Vos quien fundasteis el universo y cuanto él contiene. La justicia y la equidad son el apoyo de vuestro trono.”

En efecto, la rebelión de las criaturas no aliena ni destruye el dominio que sobre ellas ejerce el Creador. Aunque rebelde, el mundo continúa perteneciendo a Nuestro Señor Jesucristo. Y ÉL, el Rey, Rey pacífico, Rey misericordioso, continúa atrayendo a sí a todas las criaturas.

Junto al Pesebre, sean nuestros sentimientos de profunda confianza en la mi-

sericordia divina. En nosotros, en torno de nosotros, por la gracia de Cristo, Señor Nuestro, será solo ÉL el verdadero Rey. Por el ardor en la correspondencia a la gracia divina y en las faenas de apostolado, sepamos sustraernos al yugo del pecado y atraer a Cristo a todos los pueblos infieles. En el Pesebre, Cristo se nos aparece muy junto a María, como recordando que con la intercesión de la Madre de ÉL y nuestra todo lo podemos esperar, todo lo debemos pedir en beneficio de las almas. ❖

*(Extraído de O Legionário,
No. 594, 25/12/1943)*



J. P. Braico

Sagrada Familia (colección particular)



Tomas K.



Anunciación y Epifanía – Museo de San Marcos, Florencia

*¡Inefables
perfecciones
morales
reflejadas en
un Niño!*

En su rostro, en su mirada, en cada miembro de su cuerpo pequeño, el Niño Jesús manifestaba las maravillas de su Alma, creada en la visión beatífica y unida hipostáticamente al Verbo Eterno. Toda la elevación, trascendencia, equilibrio, afabilidad y fuerza del Divino Maestro ya se manifestaban en ese Niño.

Siendo víspera de Navidad, cabe hacer aquí una consideración que me parece muy importante. ¿Cuáles eran las meditaciones de Nuestra Señora sobre la Navidad? ¿Qué representó de nuevo para

Ella la Navidad? Al final de cuentas, la Santísima Virgen llevó al Niño Jesús en su seno como en un tabernáculo y evidentemente tenía, más allá de una grandísima intimidad, una reciprocidad de alma –

porque es seguro que Nuestro Señor gozó del uso de la razón desde el primer instante de su concepción en el vientre materno–, una comunicación continua con Él, no solo en lo tocante a la Segunda Persona de



Flávio Lourenço



Adoración de los Reyes Magos (detalle)
Museo Nacional de Arte Antigo, Lisboa

la Santísima Trinidad, sino también como Hombre-Dios.

En estas condiciones, no debemos imaginar que el nacimiento de Nuestro Señor fuera un evento en el cual Ella conoció quién era su Hijo. Nuestra Señora ya tenía un conocimiento muy íntimo y ardiente a respecto de Él.

Entonces, ¿qué significó de nuevo la Navidad para María?

Jesús entra en el mundo en los brazos de María

En primer lugar, la Navidad fue el momento sublime, cuando misteriosamente y sin tocar en la virginidad de Nuestra Señora, el Salvador dejó el claustro materno y entró en el mundo en sus brazos.

Debió ser un momento de grandes manifestaciones de gozo, de un

contacto de alma muy íntimo de Jesús con su Madre. Nació de un acto de amor intensísimo, y seguramente Nuestra Señora fue elevada a un grado místico indeciblemente alto, mientras tomaba contacto con la Divinidad de su Hijo.

Sin duda, la escena fue presidida y contemplada por las tres Personas de la Santísima Trinidad, y acompañada con cantos por todos los Ángeles. Por supuesto, fue una de las fiestas más bellas que hubo en el cielo, una de las mayores glorias de la historia de la humanidad. Y Nuestra Señora se asoció a esta

alegría con una intimidad y un grado de unión con Dios realmente inimaginables.

Naturalmente, era algo muy importante para Nuestra Señora. ¿Pero era sólo eso? ¡Tengo la impresión de que hubo más!

Un nuevo estímulo para el amor de Nuestra Señora

Siendo la realidad física un símbolo de la espiritual, en general el rostro y el cuerpo del hombre traen, aunque de manera confusa, una expresión de su alma. En el caso de Nuestro Señor, que era perfectísimo y en quien no había ninguna posibilidad de fraude, ni de engaño o insuficiencia, podemos imaginar cuánto su Sagrada Faz y todo su cuerpo representaron su alma.

Ahora bien, Nuestra Señora aún no había visto el rostro de su Divino Hijo, ni tampoco su Cuerpo. Al contemplarlo por primera vez, adquirió un nuevo grado en el conocimiento de Nuestro Señor, que se reflejaba en su rostro, en su mirada, en cada miembro de su cuerpo, como elemento indicativo de su mentalidad y de su Alma. De ahí un nuevo título para el amor, un nuevo título para la unidad, que constituyeron seguramente un estímulo para las adoraciones inefa-



Los Reyes Magos adoran al Niño Dios (detalle)
Iglesia de San Pedro, Toulouse, Francia

Flávio Lourenço

bles que la Santísima Virgen presentó a Nuestro Señor en Nochebuena.

Consideremos que no solo cada facción del rostro –la mirada especialmente– es indicativo de una mentalidad. A su manera, lo mismo se puede decir del cuello, los hombros, las manos, los pies, especialmente si son vistos en un conjunto. Como resultado, podemos imaginar a Nuestra Señora contemplando esta expresión manifiestativa de la realidad psicológica y sobrenatural de su Hijo y adorándolo profundamente.

Trascendencia del Sagrado Rostro del Niño Dios

En este punto es necesario hacer una rectificación sobre algo que la iconografía del Renacimiento ha deformado por completo. Para dar una idea de la suma pureza del Niño Jesús, lo presentan como un niño tontito e inexpressivo, en el que no hay indicios de mentalidad alguna. Y tengo una grandísima dificultad para admitir que fuera así.

En mi opinión, es lo contrario, todo lo que admiramos en Nuestro Señor adulto, esa trascendencia, esa elevación de alma tal que parece apostado enteramente en otra región, –hace recordar la frase de la Escritura: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos” (Is 55, 8)–, esa posición interior en que se adivina que contiene todo un cielo, en la cual Él se encuentra y desde lo alto de ella mira con bondad a la humanidad lejana, que su misericordia acerca; ese equilibrio, esa distinción, esa afabilidad, esa fuerza, todo lo que en la Santísima Faz del Divino Maestro inspira perfecciones morales inefables, tengo la impresión de que ya se expresaba en el rostro y en el cuerpo del Niño Jesús.

La adoración de San José

La Navidad es la primera manifestación de estas maravillas, y para ellas convergió la adoración de Nuestra Señora y de San José, quien estuvo cerca y participó en este acto como su esposo y padre del Niño Jesús.

Que María Santísima haya tenido una unión de alma con Nuestro Señor en un grado que no llegamos a entender, es evidente. Sin embargo, también podemos imaginar la ternura, el respeto, el entusiasmo, la adoración y la veneración de San José cuando vio a ese Niño, sabiendo que era el Hijo del Espíritu Santo y de Nuestra Señora, pero legalmente también Hijo suyo, y que, en parte, en su persona se convertía en Hijo de David y cumplía las profecías. ¿Qué debería significar para él mirar al Niño y pensar que, después de todo, ahí estaba su Dios y el de todos los hombres, pero al mismo tiempo su Hijo, porque era Hijo de su esposa?

Una meditación para Navidad

La consideración de la santidad de Nuestro Señor resplandeciendo en toda su Persona, la idea, por lo tanto, de la manifestación en su Cuerpo de la santidad de su Alma, en la que, a su vez, se manifiesta la Divinidad hipostáticamente unida a la naturaleza humana. Tengo la impresión de que esto es lo que más debería extasiarnos en la Noche de Navidad.

Hay una serie de pinturas que presentan la escena del nacimiento de Nuestro Señor con la cuna llena de luz y el Niño con cara de tontito. La luz no estaba en la paja; ¡la luz

estaba en el Niño, especialmente en el rostro sacratísimo del Niño!

Esto me parece que constituye una meditación interesante para la Navidad, que alimente nuestra devoción durante estos días. Pidamos a la Virgen que tales pensamientos nos animen para una Navidad verdaderamente recogida y piadosa. ♦

*(Extraído de conferencia del
21/12/1965)*



San José con el Niño Jesús – Iglesia de la Virgen del Manto, Riaza, España



El padre de los totalitarismos

La primera tentación de liberalismo que la Historia registra se dio en el Cielo, cuando Lucifer y sus secuaces osaron prescindir de Dios para divinizar su propia naturaleza creada. La revuelta de la naturaleza contra el orden sobrenatural corresponde al racionalismo que hoy lanza sobre el mundo el flagelo de los totalitarismos paganos.

Uno de los temas más oportunos en este tiempo de Adviento en que estamos, es el dogma de la Encarnación del Verbo en su estrecha relación con el dogma de la caída de nuestros primeros padres.

Mostraremos los orígenes del naturalismo y el panteísmo, y que este no pasa de un auténtico comunismo entre lo finito y lo infinito, debiendo terminar, forzosamente, en el comunismo de lo que es finito o creado. Lucifer, primer liberal, también es el primer comunista en la Historia de la Creación.

Punto de partida del cristianismo

No nos mueve el deseo de propagar novedades. Nos detendremos en

la meditación de verdades bien conocidas, pero sobre las cuales nunca es demasiado insistir. Si el mundo anda mal, no es ciertamente por falta de rumbos, sino por insistir en el camino del error, también viejo y conocido. O por el deseo comodista de no querer pensar en escoger bien sus caminos. Y en la contemplación de esas verdades conocidas y abandonadas no nos guiaremos por el prejuicio fetichista de tratar únicamente de la parte positiva de las afirmaciones, sino que entraremos también en la parte negativa, además con el propósito positivo de afirmar una vez más los derechos de la verdad por los desvíos y desatinos a los que el error conduce.

Los amigos incondicionales de las afirmaciones y de los puntos de vista

exclusivamente constructivos, que nos perdonen. Dentro del tema que tenemos que abordar, ya de comienzo se encuentra una negación. Pero la culpa no es nuestra. La Encarnación del Verbo, en su aspecto de Redención, tuvo origen en la negación de Lucifer de servir a Dios. No podemos dejar de, inicialmente, ocuparnos de la caída de los ángeles, de la caída del hombre y del dogma del pecado original.

Este dogma es el punto de partida del cristianismo, cuyo término es la Redención. “La caída en Adán y la reparación en Jesucristo —conforme afirma Augusto Nicolas¹—, son, por así decir, los dos polos de la esfera espiritual que se corresponden por las más justas, por las más fecundas y por las más sublimes relaciones. Son como

los dos movimientos que miden y determinan el juego tan delicado, la relación tan importante de la libertad y de la gracia, con una precisión admirable que solamente Dios podría operar, solamente la autoridad infalible de su Iglesia puede explicar y mantener, y que todas las herejías han falseado y destruido casi enteramente.”

Lucha que continuará hasta la consumación de los siglos

En efecto, estos dos dogmas se encuentran de modo tal en la verdad de las cosas, en las necesidades de nuestra naturaleza, tan íntimamente ligados entre sí, que no se puede disminuirlos o exagerarlos sin romper el equilibrio y la ponderación de toda la doctrina religiosa, de toda la Filosofía humana e incluso de toda la sociedad, como bien observa el autor de los “Estudios filosóficos sobre el cristianismo”.

Relata la Sagrada Escritura que Dios, habiendo creado a los Ángeles, antes de admitirlos a la gloria eterna, los sometió a una prueba meritória. Ignoramos cuál haya sido esa prue-



Expulsión de Adán y Eva del Paraíso – Iglesia de San Miguel de los Navarros, Zaragoza, España

Flávio Lourenço

ba, pero de acuerdo con un gran número de teólogos Dios les había revelado el misterio futuro de la Encarnación y les había anunciado que ellos deberían adorar al Hijo de Dios hecho hombre. Lo que es muy plausible y puede haber sido exactamente el premio prometido a Adán por su obediencia. Pero el más bello de

los ángeles resistió. “¿Cómo caíste del Cielo, oh Lucifer, que al nacer del día tanto brillabas? ¿Qué decías en tu corazón: *‘subiré al Cielo, estableceré mi trono sobre los astros de Dios, me sentaré sobre el monte de la alianza de los lados del aquilón. Sobrepasaré la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo.’* Y, con todo,



Anunciación – Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Gabriel K.



fuiste precipitado al Infierno, hasta lo más profundo de los abismos.”

Vemos, así, que la caída de los ángeles fue motivada por sentimiento de orgullo, por querer ser iguales a Dios y gozar la felicidad independientemente de las divinas disposiciones.

La diferencia entre los ángeles buenos y los malos no nació de la diferencia entre sus naturalezas, sino de la variedad de sus voluntades y deseos.

Se deleitaron los ángeles malos en sí mismos como si fuesen su propio bien y se apartaron voluntariamente del Bien superior, beatífico. Así, la causa de la bienaventuranza de unos fue la de unirse con Dios, y la causa de la miseria y desgracia de los otros, por el contrario, fue el desunirse de Dios.

Notemos que Lucifer y sus ángeles, como espíritus inteligentes que eran, no osaron sobreponerse a Dios, sino prescindir de Él, ser “semejantes al Altísimo”. Fue, por lo tanto, la primera tentativa de liberalismo que la Historia registra. Y en esa tentativa de divinizar su propia naturaleza creada, de identificarse con la naturaleza divina, tenemos en Lucifer al primer panteísta.

Y vemos, como fruto de esta rebeldía de Lucifer, la primera lucha que se trabó en la Historia de la Creación, esa misma lucha entre el bien y el mal que habría de desarrollarse a través de los tiempos y que ha de continuar hasta la consumación de los siglos.

Obediencia, madre y custodia de todas las virtudes

Después de la caída de los ángeles viene la caída del hombre.

Nada pudiendo contra Dios, Lucifer procura vengarse en su imagen. Enemigo de la naturaleza, el príncipe del mal y padre de todos los males, homicida desde el principio, llevó al Paraíso Terrestre la seducción y el pecado. Dios creó al hombre perfecto, dotado de ciencia clarísima y universal, justicia original unida a la práctica de todas las virtudes, imperio absoluto del alma sobre el cuerpo y dominio sobre todas las criaturas, exento del sufrimiento y de la muerte. No era esta, sin embargo, la última y suprema felicidad a la que el hombre podía aspirar. Era solo temporal esta primera felicidad, durante la cual el hombre contraería méritos para alcanzar, a título de recompensa, el estado de felicidad último y completo. En el jardín de delicias, en el Edén terreno, el hombre contraería méritos para gozar de la gloria en

compañía de los Ángeles, hacia donde sería arrebatado por Dios, después de algún tiempo de prueba y de méritos en su primitivo estado.

Recomendó Dios a nuestros primeros padres la obediencia, virtud que en la criatura racional es, en cierto modo, según San Agustín, madre y custodia de

todas las virtudes, porque creó Dios la criatura racional de modo tal que le es útil e importante el estar sujeta, y muy pernicioso hacer su propia voluntad y no la de Aquel que la creó.

En efecto, dice el mismo Santo Doctor que cuando el hombre vive según el hombre y no según Dios, se vuelve semejante al demonio, porque ni los Ángeles deben vivir según los Ángeles sino según Dios, para que perseveren en la verdad que es fruto propio de Dios.

Observa Santo Tomás que el hombre en estado de inocencia estaba al abrigo de toda rebelión de la carne contra el espíritu, y que por consiguiente su primer pecado no podía venir de la búsqueda desordenada de un bien sensible, sino de la procura desordenada de un bien espiritual. Pecó inicialmente el hombre por orgullo al pretender, contra la voluntad de



Samuel Holanda

Caída de los ángeles rebeldes. Museo del Louvre, París



Flávio Lourenço

Cain matando a Abel. Museo de Santa Cruz, Toledo, España

su Creador e instigado por la serpiente, hacerse semejante a Dios por el conocimiento del bien y del mal. “Seréis como dioses”, dice el tentador a Eva.

Enemistades entre los hijos del demonio y los hijos de la Iglesia

He aquí de nuevo la tentación del liberalismo, la tentación del naturalismo, la tentación del panteísmo.

El pecado de Lucifer, según Santo Tomás, fue el racionalismo, esto es, la revuelta de la naturaleza contra el orden sobrenatural. Este mismo pecado vemos en la caída de nuestros primeros padres.

Y henos así, frente a la larga y porfiada guerra iniciada en el Cielo y que,

en la Tierra, desde el origen de los tiempos, la ciudad de los impíos mueve contra la ciudad de los Santos, la revuelta contra Dios y su Verbo, que desde los primeros días del mundo hizo abrirse los abismos infernales; esta misma revuelta que hoy lanza sobre el mundo el flagelo de los totalitarismos paganos y que hará, al fin de los tiempos, que sobre él se eleven los torrentes del fuego vengador.

Y ésta es la lucha sin treguas a la que Dios se refiere al decir a la serpiente que sedujera a Eva:

“Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya: ella te aplastará la cabeza y en vano le armarás celadas al calcañar” (cf. Gn 3, 15). Dios anunció que pondría en el futuro enemistades, establecidas sobrenaturalmente por Él, entre una Mujer por encima de todas las otras y el demonio. Esa Mujer que así surge en los designios de la Providencia es la Santísima Virgen, preservada de la mancha original en virtud de los méritos de su Hijo. Entre el demonio y María, Dios establece, así, enemistades perpetuas, análogas a la enemistad esencial que existe entre el demonio y el Esperado de las Naciones, el Hijo de Dios hecho Hombre, concebido en las entrañas virginales

de María por operación del Espíritu Santo.

Puso Dios también enemistades entre la descendencia de la Virgen Santísima y la descendencia del demonio, es decir, entre la masa de los impíos, hijos del demonio y que se guían por los deseos de ese padre execrando, en el decir de San Juan, y los hijos de la Iglesia, miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo. Y en que, pese a la opinión de los falsos pacifistas, de los acomodaticios, habrá siempre esa lucha; porque el demonio y los suyos se esforzarán por perseguir a la Mujer y su descendencia, a armarles celadas al calcañar.

“Los hijos de Belial, dice el Bienaventurado Grignon de Montfort², los esclavos de Satanás, los amigos del mundo han perseguido siempre hasta hoy y han de perseguir más que nunca a aquellos que pertenecen a la Santísima Virgen, como Caín persiguió otrora a su hermano Abel, y Esaú a su hermano Jacob, los cuales son figuras de los réprobos y de los predestinados.”

(Extraído de O Legionario, n. 698, 23/12/1945)

1) Jean-Jacques-Auguste Nicolas (*1807 - +1888) Escritor católico y magistrado francés.

2) Canonizado en 20 de julio de 1947.



Jacob recibe la primogenitura de Isaac.
Museo de Zamora, España

Flávio Lourenço



Pasos de la Pasión - Universidad Nuestra Señora de Lago. San Antonio, Texas

Dayane Alves

SANTORAL



Beato Franco Lippi – Monasterio Carmelita, Sevilla

1. Santa Florencia, virgen (+s. IV). Convertida por San Hilario de Poitiers durante su destierro en Asia, lo siguió de regreso a Francia y vivió como eremita en Combre, Francia.

2. Beato Juan Slezyuc, obispo y mártir (+1793). Ejerció infatigablemente su ministerio de forma clandestina en la Eparquía de Stanislaviv, Ucrania. Fue preso varias veces y enviado a campos de trabajo forzado.

3. San Francisco Javier, presbítero (+1552).

4. II Domingo de Adviento.

San Juan Damasceno, presbítero y Doctor de la Iglesia (+c. 749).

San Annón de Colonia, obispo (+1075).

5. Santa Crispina de Tagora, mártir (+304). Madre de familia degollada en Tébesa, Argelia, por negarse a hacer sacrificios a los ídolos en el tiempo de Diocleciano y Maximiano.

6. San Nicolás de Bari, obispo (+s. IV).

Beato Juan Scheffler, obispo y mártir (+1952). Húngaro de nacimiento, fue nombrado Obispo de Satu Mare, Rumania. Murió preso en Bucarest.

7. San Ambrosio, obispo y Doctor de la Iglesia (+397).

Santa Fara, abadesa (+657). Durante cuarenta años fue abadesa del Monasterio de Faremoutiers, Francia, fundado por ella en un terreno heredado de su padre.

8. Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María.

San Eutiquiano, Papa (+283). Gobernó la Iglesia después de San Félix I.

9. San Juan Diego Cuauhtlatoczin (+1548). Tuvo el gran privilegio de encontrarse con la Madre de Dios, María Santísima de Guadalupe.

Beato Liborio Wagner, presbítero y mártir (+1631). Era luterano pero se convirtió al catolicismo y fue ordenado sacerdote. Torturado y muerto en Marienberg, Alemania, en tiempos de la Guerra de los Treinta Años.

10. San Gregorio III, Papa (+741). Incentivó la predicación del Evangelio a los Germanos y luchó contra los iconoclastas, socorrió a los pobres y favoreció la vida religiosa.

11. III Domingo de Adviento.

San Dámaso I, Papa (+384).

Beato Franco Lippi, eremita (+1292). Perdió la visión siendo un joven militar de vida libertina y, arrepentido, viajó en peregrinación a Santiago de Compostela, donde recuperó la visión y quedó curado. Regresó a Italia y se hizo eremita carmelita.

12. Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de América Latina.

San Finiano, abad (+549). Fundó varios monasterios en Irlanda, entre ellos el de Clonard, donde fue abad y falleció.

13. Santa Lucía, virgen y mártir (+c. 304/305)

Santa Otilia, virgen (+s. VII). Primera abadesa del monasterio de Hohenbourg, Francia, fundado por su padre el duque Aldarico.

14. San Juan de la Cruz, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1591).

San Nimatullah al-Hardini, presbítero (+1858). Sacerdote de la Orden Libanesa de los Maronitas, dedicado a los estudios teológicos, la formación de jóvenes y el trabajo pastoral, en Kfifane, Líbano.

15. Beato Marino, abad (+1170). Promovió el esplendor de la Liturgia en la abadía benedictina de Cava de Tirreni, Italia, y fue admirable en la fidelidad al Papa.

16. Beato Sebastián Magi, presbítero (+1496). Religioso dominico, predicó el Evangelio en la región de Génova.



Ordenación de San Juan de Mata – Museo de Bellas Artes de La Coruña, España

* DICIEMBRE *

va, Italia y tuvo mucho celo en la observancia religiosa en los conventos.

17. San Lázaro de Betania. Hermano de Marta y María, a quién Jesús lloró su muerte y resucitó.

San Juan de Mata, (+1213). Junto con San Félix de Valois, fundó en Ce-froid, Francia, la Orden de la Santísima Trinidad para la Redención de los Cautivos.

18. IV Domingo de Adviento.

San Malaquías, profeta del Anti-guo Testamento. Después del destie-rrro a Babilonia, anunció el “Gran día del Señor” y su venida al Templo.

19. Beato Guillermo de Fenolis, re-ligioso (+c. 1200). Fue de los primeros monjes de la Cartuja de Casotto, Ita-lia, donde vivió como hermano lego.

20. Beato Vicente Romano, presbí-tero (+1831). Siendo párroco en Tor-re del Greco, Italia, se dedicó a la educación de niños y atender las ne-cesidades de los obreros y pescadores.

21. San Pedro Canisio, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1597).

Beato Domingo de Spadafora, presbítero (+1521). Religioso domi-nico y activo predicador. Falleció en Monte Cerignone, Italia.

22. San Hungero, obispo (+866). Ce-losos pastor de la Diócesis de Utrecht, Holanda, trastornada en ese momento por la invasión de los Normandos.

23. San Juan Cancio, presbítero (+1473).

Beato Nicolás Factor, presbítero (+1583). Sacerdote franciscano que, abrasado de amor a Dios, fue varias veces arrebatado en éxtasis. Falleció en Valencia, España, a los 63 años.

24. Beato Bartolomeo María de la Monte, presbítero (+1778). Predi-có al pueblo cristiano y al clero la Pa-labra de Dios en muchas regiones de



San Malaquías - Basílica de Santa María del Castillo, Génova

Italia. Fundó la Pía Obra de las Mi-siones.

25. Nacimiento del Señor.

Beata Antonia María Verna, virgen (+1838). Fundadora de la Congrega-ción de las Hermanas de la Caridad del Inmaculado Corazón de Ivrea, en Turín, Italia.

26. San Esteban, diácono y proto-mártir.

Santa Vicencia María López Vicu-ña, virgen (+1890). Fundadora del Instituto de las Hijas de María Inmaculada, en Madrid, España.

27. San Juan, Apóstol y Evangelista.

Beata Sara Salkahazi, virgen y mártir (+1944). Hermana de la Congregación de las Religiosas de la Asis-tencia, murió fusilada en Hungría, en las riberas del Danubio.

28. Los Santos Inocentes, mártires.

Santa Catalina Volpicelli, virgen (+1894). Fundadora del Instituto de las Esclavas del Sagrado Corazón, en Nápoles, Italia.

29. San Tomás Becket, obispo y mártir (+1170). *Ver página 22.*

30. Sagrada Familia de Jesús, Ma-ría y José.

Beato Juan María Boccardo, pres-bítero (+1913). Fundó la Congrega-ción de las Hermanas Pobres Hijas de San Cayetano, en Pancalieri, Italia.

31. San Silvestre I, Papa (+335).

San Juan Francisco de Régis, presbí-tero (+1640). Jesuita que, por la predi-cación y celebración del Sacramento de la Penitencia, renovó la Fe Católica en-tre los fieles de Lalouvese, Francia.



San Nicolás bendiciendo un niño - Iglesia del Santo Cristo, Menorca, España



Martirio de Santo Tomás Becket - Catedral de Bayeux, Francia

Mártir de la libertad de la Iglesia

Incluso inerte en su tumba, Santo Tomás Becket, siglos después de convertirse en un mártir por la libertad de la Iglesia, constituía aún un obstáculo para que el flujo de la herejía pudiera seguir avanzando entre los ingleses. Por eso, el impío Enrique VIII mandó profanar y quemar sus restos mortales.

Hay un adagio latino que dice: “*Nemo summo fit repente*”. De hecho, ninguna acción extremadamente buena o mala se realiza de repente, sino que está precedida por una serie de actos que la preparan. Esto que se aplica a la vida moral de los individuos es igualmente cierto en lo que se refiere a la historia de las civilizaciones, de las

naciones, de los ciclos de la cultura: los grandes acontecimientos históricos se preparan con antelación.

¿Cómo explicar uno de los episodios más tristes de la historia de la Iglesia?

En ese sentido, uno de los episodios más tristes de la historia de la Iglesia

es, sin duda, el paso casi macizo de Inglaterra de la plena observancia de la religión católica al protestantismo en el siglo XVI. Bastó que el rey Enrique VIII entrara en desacuerdo con la Santa Sede, porque ésta no le permitía divorciarse de Catalina de Aragón, y contraer nuevas nupcias, para que él se proclamara jefe de la iglesia inglesa y se separase de Roma.

En el momento en que el monarca rompió con la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, un número muy pequeño de eclesiásticos y laicos permanecieron fieles. Algunos de ellos se convirtieron en mártires, entre los cuales los dos más ilustres fueron Santo Tomás Moro, como laico, y San Juan Fischer, como cardenal. Sin embargo, la mayor parte se rindió y cambió de religión vergonzosamente, sin el menor remordimiento. Conventos enteros, universidades, instituciones de caridad, todo pasó en bloque al protestantismo.

¿Cómo se explica un hecho tan escandaloso como éste? ¿Cómo una acción de esa naturaleza fue practicada al mismo tiempo y por tanta gente, por el simple soplo de un rey? Se entiende que, estando Europa en el período de las monarquías absolutas y siendo muy grande, en consecuencia, el poderío de los monarcas, también fue grande la presión ejercida por ellos para obligar al reino a la apostasía. No obstante, cabe observar que, en primer lugar, éste no era exac-

tamente el caso de Enrique VIII, porque los poderes de la monarquía inglesa se encontraban limitados desde hacía mucho tiempo por los del Parlamento. En segundo lugar, más absolutos que todos los monarcas de la Europa de aquel tiempo eran los potentados de la Roma pagana; sin embargo, innumerables mártires supieron resistirles a ellos. Así que el despotismo de la autoridad que prevalece no justifica la prevaricación del súbdito.

Por lo tanto, nos enfrentamos a una página oscurísima de la Historia de la Iglesia, que, además, se repitió *mutatis mutandis*, en algunos otros reinos. La marcha infeliz de la Iglesia Católica hacia la iglesia protestante en Suecia, Noruega, Dinamarca y en varias partes de Alemania se dio así. Hubo una presión del poder civil, y el cuerpo eclesiástico se adhirió masivamente a la herejía.

Dos concepciones opuestas de la vida

En el caso específico de Inglaterra, encontramos la explicación en lo ocurrido con Santo Tomás Becket. Ya en el siglo en que él vivió, en la Edad Media, había una disputa entre la realeza y el Papado. Los reyes entendían que la Jerarquía eclesiástica inglesa debería estar bajo su dominio, mientras que los Papas, fundamentados en la insti-

tución creada por Nuestro Señor Jesucristo, reivindicaban el pleno dominio en asuntos espirituales, sobre todos los obispos, sacerdotes y fieles.

Por detrás de este desacuerdo había un principio más alto, una discusión sobre un punto que contenía en sí mismo los gérmenes de la Revolución: quien afirma que el rey tiene poder sobre la Iglesia, en el fondo sustenta que el poder temporal, representante de las cosas de esta Tierra y de la materia, posee una primacía sobre el poder espiritual.

Esto equivale a decir que, en el orden de los valores, los asuntos terrenos y los civiles tienen más importancia que los religiosos, siendo estos meros instrumentos de aquellos. De donde se entiende, aunque no se afirme explícitamente, que el fin de la religión se restringe a la vida del hombre en este mundo y que la fe es un mito útil para disciplinar a los hombres, pero no representa una verdad revelada, objetiva y absoluta.

Por el contrario, el Principio sostenido por la Iglesia es que las cosas



Catalina de Aragón - Nacional Portrait Gallery, Londres

NPG (CC3.0)



Enrique VIII – Colección del Castillo de Howard, York, Reino Unido

The York Project (CC3.0)



Enrique II

de esta tierra existen en función de la vida eterna y que, aunque el Estado tiene una finalidad propia temporal, debe ayudar a la Iglesia a cumplir su misión. Por esta razón, además de estar revestida de todos los derechos y poder en asuntos eclesiásticos, en lo concerniente a la salvación de las almas la Iglesia tiene autoridad incluso sobre el Estado, el cual no puede promulgar leyes que contravengan la Ley de Cristo.

Se trata, por tanto, de dos concepciones opuestas de la vida: una sagrada y religiosa, sustentada por la Iglesia; otra, laica, materialista y revolucionaria.

Lenta invasión del Estado en los poderes de la Iglesia

En el siglo XII hubo una lucha muy fuerte entre el rey Enrique II y Santo Tomás Becket, que defendía el poder del Papado y rechazaba la jurisdicción del monarca sobre la Iglesia.

El choque fue de particular importancia porque él era arzobispo de Canterbury, el primado de Inglate-

rra, y, por tanto, implícitamente representaba a todo el cuerpo eclesiástico inglés como su figura más alta.

La disputa se hizo intensa y Santo Tomás Becket terminó en el exilio durante años. Habiendo regresado a Inglaterra, fue asesinado por los partidarios del rey.

La mayoría de la gente estaba a favor de Santo Tomás Becket e indignada con el Rey, hasta el punto de que éste se juzgó en la necesidad de hacer penitencia pública ante la tumba del santo arzobispo, pidiendo perdón a Dios por lo que había sucedido.

Sin embargo, una parte considerable de las clases dominantes continuaron brindando apoyo al Rey en secreto, mientras que cierto número de intelectuales católicos e incluso de clérigos sustentaban por debajo del paño que Santo Tomás Becket había exagerado, y que, aunque el Rey había actuado mal al matarlo, doctrinalmente la razón estaba con él, porque el Estado gozaba de superioridad sobre la Iglesia.

De hecho, acompañando la historia de Inglaterra se percibe que hubo una lenta y progresiva invasión del Estado sobre los poderes de Iglesia. Ésta era cada vez más golpeada, mientras que los eclesiásticos tenían cada vez menos coraje de luchar por la causa por la que Santo Tomás Becket inmoló su vida.

A la manera de un árbol en cuya raíz hay termitas...

Como resultado, trescientos años más tarde Inglaterra seguía siendo católica, pero su catolicidad se había



Flávio Laurencio

vuelto tan superficial que fue posible derrumbar la Iglesia en aquel reino más o menos como se tumba un árbol en cuya raíz hay termitas: De un solo golpe él se cae. Por más que algunas fibras permanecieren unidas al suelo, se cortan fácilmente y todo se acaba.

Cuando ascendió al trono María Tudor, que se casó con el rey Felipe II de España, hubo una restauración religiosa en Inglaterra. Toda la nación se convirtió a la fe católica y un legado papal fue enviado para dar la absolución al parlamento; se tendría la impresión de que todo estaba en orden. Sin embargo, nada estaba en orden.

Muerta María Tudor, esos mismos obispos y otras autoridades que se habían convertido a la religión católica volvieron al protestantismo. Luego, todo era apariencia y oportunismo.

Si no hay una reacción, el progresismo llevará a los fieles a la herejía

Estos hechos tienen una analogía con nuestros días. Observamos precisamente al pensamiento católico socavado por la Revolución a partir por lo menos del siglo XIX. Inicialmente por simples omisiones o concesiones en puntos doctrinales no bien definidos; más tarde, a través de la adhesión explícita a doctrinas injustificables.

Vemos en el mundo de hoy el estallido del progresismo. Si no hay una reacción, forzosamente al cabo de algún tiempo los fieles caerán en la herejía. En efecto, el edificio espiritual de un país socavado por el progresismo se asemeja a la madera corroída desde el interior por la termita, aunque conserve su aspecto exterior: quien la mira piensa que todo está normal, cuando en realidad basta oprimir con el dedo para que esa cáscara ceda. De hecho, ni siquiera esta apariencia está muy conservada; solo hay un remanente de ortodoxia. Se pone la mano e inmediata-

mente aparece el pensamiento revolucionario.

Yo pude asistir a esa evolución en el Brasil. Cuando era joven congregado mariano, entre 1929 y 1932, me di cuenta de que la religión católica profesada a mi alrededor parecía totalmente ortodoxa, como la había aprendido de niño. Sin embargo, observaba con extrañeza que el sentido de lucha había desaparecido por completo. Diez años antes aún se atacaban mucho los errores del protestantismo, pero cuando yo tenía unos veintitrés años ya casi no se hablaba de ello.

Además, yo percibía que las verdades católicas más características, esas que duelen más a los herejes, no eran afirmadas en sus puntos de más realce. Por ejemplo, me llamaba la atención cómo todo el mundo admitía la infalibilidad de la Iglesia y el principio de la monarquía papal, pero se trataba con indiferencia a los que querían hablar con gran entusiasmo en ese sentido. En general, los temas de interés se limitaban a los que no despertaran polémica.

Alrededor de 1937 y 1938, comenzó la primera infiltración de las ideas progresistas. En 1970 estas ideas se apoderan de todo. Primero las omisiones, luego las concesiones, enseguida, las traiciones: un ritmo triple. Vemos esto tanto en la historia de Inglaterra como en nuestros días.



Felipe II - Museo del Prado, Madrid

Preparación remota para la completa negación de la Iglesia

Así es el camino de las grandes herejías: los silencios preparan las traiciones. Inglaterra se adhirió al protestantismo no con arrebatos de odio como sucedió, por ejemplo, en Alemania, ni con una especie de crisis de conciencia colectiva que cortó el país por la mitad, como fue el caso de la Revolución Francesa, sino en la



indolencia y la ausencia de cualquier reacción.

En nuestros días, las alas más avanzadas del progresismo sostienen que la Iglesia, tal como la conocemos, debe ser desarticulada y su Jerarquía prácticamente abolida. Los obispos y padres deben ser tutelados por una especie de “profetas”, y las parroquias, aglutinadas al sabor de este “espíritu profético”.

Estas ideas están en la lógica de un mismo error que avanza: primero se afirma que la Iglesia debe estar sujeta al Estado, porque el principio laico prevalece sobre el religioso; más tarde, se dice que el principio religioso es inútil.

De hecho, es tan antinatural defender que el laico está por encima de lo religioso que tal contradicción no se

sostiene, y sólo puede ser vista como un paso al rechazo de lo religioso. Entonces, la posición inglesa representó una preparación remota del campo para la negación completa de la Iglesia.

Esta preparación remota tuvo sus inicios en los episodios vividos por Santo Tomás Becket, cuya post historia Don Guéranger nos cuenta en *L'Année Liturgique*.

Reliquias profanadas y destruidas

El siglo XVI vino a añadir algo más a la gloria de Santo Tomás Becket, cuando el enemigo de Dios y de los hombres, Enrique VIII de Inglaterra, se atrevió a perseguir con su tiranía al mártir de la libertad de la Iglesia, incluso en el espléndido relicario donde él recibía desde hacía cuatro siglos los tributos de la veneración del mundo cristiano.

Enrique VIII tenía la intención de dirigir la Arquidiócesis de Canterbury, convirtiendo a su arzobispo en una especie de lacayo mitrado. A partir del momento en que el más importante de los prelados ingleses cediese, era natural admitir que los otros también se dejasen arrastrar y la Iglesia en Inglaterra se convertiría en una administración pública.

Santo Tomás Becket fue asesinado en la catedral, convirtiéndose en mártir de la libertad de la Iglesia. Habiendo sido canonizado, su cuerpo yacía en un espléndido relicario, donde durante cuatro siglos recibió el homenaje de los ingleses.

Ahora bien, desde el momento en que Enrique VIII se separó de Roma y se declaró jefe de la Iglesia de Inglaterra, era natural que quisiera injuriar las reliquias de aquel que había muerto para que esto no saliera a la luz. Entonces mandó a algunas personas que fuesen a la Catedral de Canterbury para violar la sepultura de Santo Tomás Becket. Como comenta Don Guéranger, es una gloria mayor para este Santo el hecho de que sus



Santo Tomás Moro y San Juan Fischer

restos mortales hayan sido profanados por el hombre nefasto que separó a Inglaterra de la Iglesia católica.

Continúa el texto:

Los huesos sagrados del prelado, muerto por la justicia, fueron arrancados del altar. Se inició un proceso monstruoso contra el padre de la patria, y una sentencia impía declaró a Tomás reo de crimen de lesa majestad.

Estos preciosos restos fueron colocados sobre una fogata, y en este segundo martirio el fuego devoró los despojos del hombre sencillo y fuerte cuya intercesión atraía sobre Inglaterra la mirada y la protección del Cielo.

Inglaterra ya no era digna de aquel tesoro

También era justo que el país que debería perder la Fe por una desoladora apostasía no guardase en su seno un tesoro que ya no sería debidamente estimado. Además de eso, la sede de Canterbury estaba empañada. Cran-

Safonrest (CC3.0)



Imagen de Santo Tomás Becket, Catedral de Canterbury, cuya cabeza fue destruida en 1538



nos de esa generación sino a Juan Fisher, quien consintió en seguirlo hasta el martirio. Pero este último sacrificio, por muy glorioso que fuese, no salvó nada. Hace mucho que la libertad de la Iglesia había perecido en Inglaterra. La fe, lentamente, se apagaría.

El autor comenta que es explicable este proceso monstruoso. Inglaterra protestante destruyó un tesoro que ya no era más digna de contener. Se privó así por sus propias manos de la presencia de las reliquias de un Santo que sería un intercesor aún válido para evitar que ella cayese en los últimos escalones de la apostasía. Y con eso, el crimen estaba consumado.

Además, incluso la Iglesia en Inglaterra ya no era digna de este tesoro. Con la excepción del cardenal Juan Fisher, todos los obispos del país apostataron. Los sacerdotes y monjas, en su casi totalidad, aceptaron el paso hacia el protestantismo con una pasividad simplemente vergonzosa, como ocurrió en Suecia, Noruega, Dinamarca y ciertas partes de Alemania. Conventos, diócesis, poblaciones enteras dejaron la Religión Católica con la mayor indolencia, cuando no con la mayor alegría, y se hicieron protestantes.

mer se sentó en la silla de los Agustinos, los Dunstanos, los Lanfrancos, los Anselmos; de Tomás, finalmente; y el santo mártir, mirando a su alrededor, no habría encontrado entre sus herma-



Louis Veillot - Librería Digital de Galicia

Ser odiado por los malos, incluso después de la muerte, es una gloria

Casi nadie habla de esta ejecución póstuma de Santo Tomás Becket; sin embargo, hay en ella una verdadera gloria para el Santo. Ser odiado por los malos, sufrir la persecución por causa de nuestro Señor Jesucristo es una gloria. ¡Pero más que el ejemplo dado por un hombre haya sido un hecho tan magnífico, es una gloria aún mayor el que los malvados no consigan violar los Mandamientos de la Ley de Dios sin antes destruir sus reliquias!

Incluso después de su muerte, él era una barrera, y era necesario eliminar este obstáculo para que el flujo de la herejía pudiera avanzar. Ahora bien, no hay nada más hermoso que un varón echado en su tumba inerte, puesto en la sombra de la muerte —al menos en cuanto a su cuerpo— sea aún un centinela, por el cual sólo se pasa eliminándolo. ¡Es una verdadera belleza!

Giovanni Dall'Orto (CC3.0)



Funerales de Santo Tomás Becket - Iglesia de Santa María de la Pasión, Milán



Julio Báscones (CC3.0)



Cuerpo del presidente García Moreno, tras el atentado contra él en 1875

Santa Teresita del Niño Jesús decía que pasaría su Cielo haciendo el bien en la Tierra. Santo Tomás Becket, a su manera, hizo lo mismo: su cuerpo infundía pavor en los adversarios.

En este sentido, Louis Veuillot¹ afirmaba que su alegría suprema sería si sus cenizas todavía causasen incomodidad a los enemigos, después de que durante su vida había llevado tan lejos, en la medida de lo posible, la lucha contra ellos arrancándoles la máscara de la hipocresía.

Algunos amigos míos que han estado en Ecuador me han dicho que hasta el día de hoy no se sabe dónde está García Moreno enterrado², porque la divulgación del lugar de su sepultura podría provocar manifestaciones a favor y en contra de este expresidente, fiel imitador de Nuestro Señor Jesucristo, por ser signo de contradicción y piedra de escándalo.³

¡Cómo me gustaría saber que no sólo mi tumba, sino la de cada uno de los que me siguen en la lucha contrarrevolucionaria, fuese un marco de división y de escándalo! Mucho más

que eso, deseo que, yendo al Cielo, se me permitiera regresar continuamente a la Tierra para perseguir a los malvados, confundirlos, dejarlos deshechos, infundirles terror y luchar contra la Revolución de todas las maneras imaginables, para hacer, entonces después de muerto, todo aquello que en la vida hubiera querido haber hecho, pero no me fue posible.

Sería una hermosa manera de proseguir en nuestro apostolado si todos nosotros, desde el Cielo, continuásemos repartiendo sobre la tierra estas y otras “lluvias de rosas”. ❖

(Extraído de conferencias del 28/12/1968 y 29/12/1970)

- 1) Escritor y periodista francés (*1813 - †1883).
- 2) Gabriel Gregorio Fernando José María García Mo-

reno y Morán de Buitrón (*1821 - †1875). Presidió la República del Ecuador durante dos mandatos consecutivos, habiendo sido asesinado durante el segundo, tras ser elegido para el tercero.

- 3) Sólo el 16 de abril de 1975 fueron encontrados los restos mortales de Gabriel García Moreno.



El Dr. Plinio en 1970

Archivo Revista

La Promesa de Genazzano

El Dr. Plinio pasó por grandes pruebas, llegando inclusive a tener la idea de que tal vez estuviese destruyendo aquello que se proponía defender. En medio de esos sufrimientos atroces, crisis individuales internas causticaban su incipiente obra y enfermó gravemente. Mientras se recuperaba en un hospital de una cirugía, recibió, el 16 de diciembre de 1967, una insigne gracia de la Madre del Buen Consejo de Genazzano.

Aún en la infancia, la primera batalla de mi vida fue contra la pereza. Esta lucha me llevó a formar en mí, con mucho esfuerzo, y amparado por la gracia obtenida por Nuestra Señora, un modo de ser, un estilo de temperamento.

Después de duras renunciaciones, grandes esperanzas

Cuando rompí con el mundo y entré al movimiento de las Congregaciones Marianas, fue a la manera de algún contemporáneo de Nuestro Señor Jesucristo que, viendo pasar al Divino Maestro a lo largo del ca-

mino, lo dejó todo para seguirle. Así hice yo con el estandarte de Nuestra Señora: lo vi pasar, dejé todo y lo seguí. Por un reflejo curioso del espíritu humano, me vino a la mente, sin que lo explicitara enteramente, la siguiente idea: “Ahora que vencí todo esto y di esos pasos puedo estar seguro, porque nunca me faltarán las fuerzas a lo largo de mi vida, y por mayores que sean los obstáculos que aparezcan, si vencí esto, venceré el resto. Por tanto, así como tengo piernas, brazos, cabeza, tengo residiendo en mí la virtud de la fortaleza”.

Me acuerdo perfectamente de un día en el que estaba asistiendo a una

bendición con el Santísimo Sacramento, en la Iglesia del Corazón de Jesús; mientras rezaba, me pasó por la cabeza esta pregunta: “Ahora, ¿hasta dónde volaré después de haber hecho estas renunciaciones? Vamos a ver si estoy dispuesto a cualquier cosa”.

En medio de las borrascas interiores, la comprensión del papel de la gracia

Poco después, y de un modo un tanto imprevisto, estallaron ciertas tormentas interiores que no conseguía acabar con ellas. Gracias a Nuestra Señora no pequé, pero eran



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

tan superiores a mis fuerzas, que tuve que rezar intensamente como nunca lo había hecho en mi vida. Porque no había otra cosa que hacer.

En aquella ocasión, fui llevado a considerar más atentamente una verdad a la cual nunca le había prestado mucha atención, esto es, todo lo que dicen los libros de formación religiosa respecto al papel de la gracia, para que el hombre enfrente las dificultades. Entonces fue cuando, cayendo en mí, pensé: “Es verdad, me faltaba esto... De hecho, necesito el auxilio de la gracia”. Por fin, aquellas borrascas pasaron y viví un periodo de dos o tres años de mucho consuelo y bienestar espiritual. Sin embargo, aún no tenía claro que eso era imprescindible para la vida interior del hombre y también necesario para sus actuaciones externas. Juzgaba que, con tales o cuales recursos intelectuales, con tal o cual forma de fuerza de voluntad y con el auxilio de la gracia para mi perseverancia personal, haría el resto. Implícitamente estaba la siguiente idea: “Que Dios me ponga en orden, que yo ponga en orden a los otros y acabo haciendo vencer la Contra-Revolución”.

Encuentro con el Libro de la Confianza

Externamente, no tardaron en aparecer problemas para los que no tenía solución, pura y simplemente no encontraba solución: dificultades financieras, de salud, de relacionamiento y liderazgo en el medio católico, en fin, una lluvia de hechos, unos más perturbadores que los otros, cayendo encima de mí como torrentes.

Fue cuando, por una circunstancia providencial, con apariencia de fortuita, conocí *El Libro de la Confianza*, cuya lectura me dio la esperanza de que, a fuerza de confiar Nuestra Señora también ordenaría aquello que yo debería poner en orden. Yo no sería sino un instrumento de Ella, pero la Santísima Virgen colocaría todo en orden.

Esta idea animó mi espíritu, la hice mía, la incorporé, al menos eso espero, en mi mentalidad y mi modo de ser y continué adelante.

Prueba aún más atroz que las anteriores

Sucedió mi expulsión de la dirección de la Acción Católica, la reducción de todo el

movimiento que lideraba a un grupo de seis o siete amigos heroicos, nada más que eso, en fin, un marchitamiento completo.

A partir de entonces, otra preocupación se estableció en mi espíritu. Pensé: “Confié, recé y estoy seguro de que Nuestra Señora quiere que la Contra-Revolución venza. Si en la plenitud de mi vida la Contra-Revolución está recayendo de esta manera, no será cuando tenga cincuenta, sesenta o más años que va a resurgir. Ahora bien, si en el vigor de mi vida estoy recibiendo el mazo de la Revolución encima de mí, algo debo haber hecho para merecer el castigo de Dios”.

De ahí, continuos e implacables exámenes de conciencia. Dudo que exista un hombre que pueda decir con toda seguridad: “De tal manera soy fiel, que estoy seguro de en nada merecer el castigo de Dios”. Soy un hombre, luego estoy en este caso.

Inspetoria Salesiana de São Paulo



Archivo Revista

En destaque, Plinio en la Congregación Mariana de Santa Cecilia, a mediados de 1932. A la izquierda, Misa solemne en el Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, en los tiempos de la infancia del Dr. Plinio

No sabía cómo arreglármelas, pues, aunque viniera este pensamiento consolador: “Tenga también confianza en la misericordia de Dios...”, Mi raciocinio era: “Si, confío, pero también creo en su justicia, y la adoro específicamente en aquello en que ella tiene horror a mis defectos”; adoro la intransigencia divina en relación a mis defectos y no puedo espantarme de que Él desate su justicia sobre mí. Además, no me compete estar racionando sobre eso, pues si Dios me está castigando, es porque lo merecí; Si pedí misericordia y no la obtuve, fue porque según las medidas de su sabiduría, no era oportuno dárme-la”.

Así, nuevamente se abatía sobre mí una prueba más atroz que las anteriores, pues tener la idea de que tal vez yo estuviese destruyendo aquello que me proponía defender, era un sufrimiento atroz.

Estaba en medio de esas pruebas, en un periodo en el que crisis individuales internas flagelaban y causticaban mi incipiente Obra de un modo horroroso, cuando enfermé con una crisis de diabetes, probablemente ocasionada o agravada por el pesar que esos casos personales me provocaban.

La promesa de la Madre del Buen Consejo

En estas circunstancias había leído un libro sobre la historia de Nuestra Señora de Genazzano, que también me cayó en las manos fortuitamente, y me encanté con aquello, manifestando el deseo de obtener una estampa de la Madre del Buen Consejo. Sabiendo de esto, un amigo mío, en viaje por Europa, estuvo en Genazzano y me trajo una estampa.

Me encontraba hospitalizado, recuperándome de una cirugía, cuando algunos miembros de nuestro Movimiento, vinieron a visitarme trayendo, ya enmarcada, una representación del milagroso fresco de Genazzano.



Estampa de la Madre del Buen Consejo en el cuarto del Dr. Plinio

Me acuerdo de que, al mirarla, aunque no hubiese un milagro ni revelación, tuve la impresión de que la imagen me decía algo así: “Hijo mío, lo que debe suceder yo le estoy asegurando que se realizará, desde que confíe en mí”.

Pero todo esto acompañado de una sonrisa con mucha bondad, mucha clemencia. No lo conté a nadie en aquella ocasión, pero evidentemente aquello ejerció en mi espíritu una profunda impresión que conservé interiormente.


Poco después, el médico me fue a examinar y juzgó que de tal manera había mejorado, que me autorizó a volver a casa. Dejé el hospital llevándome la estampa, claro está, con inmensa veneración y deseo de tenerla junto a mí. Desde entonces conservé siempre esta imagen en un mueble que queda frente de mi cama. Santa

Teresita del Niño Jesús hablaba de las preocupaciones y perturbaciones que el demonio ponía durante su sueño, comprendiéndose así la razón por la cual se pedía en la hora del Oficio recitado durante la noche para ser alejadas las pesadillas y fantasmas nocturnos. Así también, en mi caso, para alejar las pesadillas y fantasmas nocturnos, allí está el cuadro. Si algo me preocupa y me despierto durante la noche, enciendo la luz y miro a la Madre del Buen Consejo.

Estoy seguro de que ya habría muerto de disgustos si no fuese porque esa promesa de Genazzano se mantuvo siempre en pie. Recemos para que esa certeza nos acompañe hasta el fin. Nuestra Señora realizará aquello que deseamos. ❖

(Extraído de conferencia del 20/12/1983)

Obra de hombres, Obra de Dios



La Catedral de Colonia refleja uno de los aspectos más elevados del alma católica alemana. En ella contemplamos algo que parece irreal, en parte obra del hombre, en parte obra de Dios. Se trata del sentido de lo maravilloso en búsqueda de lo metafísico, invitando a altos pensamientos sin dejarse llevar por la fantasía, pues inclusive cuando sube a las más elevadas divagaciones, mantiene bases sólidas clavadas en la realidad.

Para nosotros que vivimos en América del Sur y no estamos habituados a considerar las bellezas de la cultura católica de Europa, nos falta un cierto sentido de lo maravilloso.

Ese sentido tiene mucha ligación con el amor a Dios, porque es por medio de él que podemos elevar nuestras almas al Altísimo, finalidad para la cual las cosas maravillosas fueron creadas.

Por ejemplo, una persona que ve el Sol tiene oportunidad de alabar a Dios de una manera especial, y por eso

San Francisco de Asís cantó al *Hermano Sol*. ¿Por qué? Porque, siendo maravilloso, el Astro rey eleva las almas al Creador más que la consideración de un grano de arena, que a su modo también puede conducirlos hacia Él. Lo maravilloso es la obra maestra por la cual Dios se manifiesta a los hombres.

Ahora bien, lo maravilloso no se expresa solamente en los seres creados directamente por Dios. La mayor maravilla salida de sus manos fue el hombre, y las maravillas hechas por éste indican la grandeza de la obra maes-

tra divina y, por lo tanto, la grandeza de su Artífice; por sí mismas, son indirectamente criaturas de Dios.

Con frecuencia he dicho que Dante llama a las obras de arte humanas nietas de Dios, porque son hijas del hombre, que es hijo de Dios. Y nosotros, de la consideración de las nietas de Dios, podemos maravillarnos con ese eterno imperecedero y perpetuo Abuelo que jamás envejece, Dios Nuestro Señor.

Una comparación para entender las obras de arte alemanas

Hemos analizado muchas cosas de Francia, pero toda Europa es una maravilla, con colores, refracciones y aspectos variados. Y Alemania constituye, de por sí, un mundo de maravillas.

Hoy escogí la famosa catedral gótica de Colonia, para hacer un comentario del conjunto del espíritu alemán y del modo por el cual él condiciona la obra de arte.

Se discute mucho sobre cuál de las dos catedrales es más bella, si la de Colonia o la de Notre Dame de París. Algunas personas tienen la costumbre de colocar en la disputa también las de Westminster, Amiens, Reims.

Yo no voy a discutir el caso aquí, pero la comparación con Notre Dame es muy importante porque, cuando la vemos, tenemos un sentimiento de admiración, casi un éxtasis delante de su equilibrio y de su armonía. La fachada, con todas sus divisiones y subdivisiones, representa la armonía perfecta, en que se expresa el genio francés, que es un genio estático, hecho como todo lo que prima por el equilibrio de la yuxtaposición de valores opuestos, pero reducidos a una admirable armonía.

El espíritu alemán no es propiamente así.

El espíritu católico alemán y su deturpación

Para nosotros, el espíritu alemán pasa por ser el equilibrado por excelencia. Al pensar en el equilibrio de los alemanes, imaginamos el pie de plomo de sus soldados marchando, aplastando cabezas con un “zapatón”, con suela de clavos. Es el paso de Atila. No hay hierba que resista al paso del soldado alemán.

Sin embargo, ese es el alemán protestante, “cuadrado”, de la decadencia, no es el alemán católico. El alemán católico es muy diferente: pensativo, idealista, continuamente buscando una realidad invisible y metafísica –y por eso

difícil de alcanzar–, con un cierto desprecio inclusive por las cosas que son muy banales y muy equilibradas, porque ellas no se prestan bien a la expresión de los valores de carácter metafísico, y con una tendencia, por causa de eso, a la evasión de la realidad en busca de una realidad superior.

Ese grito de alma del alemán se encuentra deteriorado —pero se encuentra— no en el zapato del soldado prusiano, y sí en Wagner¹. Es el metafísico que se embriagó, pero continúa haciendo metafísica en medio de su borrachera y teniendo aún unos lances de talento envenenados.

Sentido metafísico reflejado en la Catedral de Colonia

Ese sentido metafísico del alemán se encuentra expresado en la Catedral de Colonia.

La construcción casi se restringe a las dos torres. El cuerpo del edificio, que en Notre Dame es tan grande y explayado, en Colonia prácticamente no existe. Consis-





te solamente en un enlace que une a las dos torres. Estas suben vertiginosamente y están concebidas en la idea de que se emulen entre sí y que entren por los ojos de los hombres, llevando su espíritu hacia arriba. Son leves y esbeltas, dentro del carácter sólido alemán –sobre el cual expondré dentro de poco– que no las abandona.

Para ver el papel que cada una de esas torres representa para la otra, imaginen que sólo existiera una torre. Ella se perdería, quedaría medio desequilibrada, torcida. Por el contrario, las dos torres juntas como que se apoyan para subir. Y la altura total es compensada por la base.

Hay un punto invisible de equilibrio en ellas –lo digo otra vez: de carácter metafísico–, el cual se cierne en los aires, y constituye el punto de unión inesperado de las dos torres, que el espíritu concibe y la mirada no percibe. A medi-

da que suben, las torres van insensiblemente afilándose y, en cierto momento, se transforman en conos altísimos.

¿Por qué ellas se afilan? Para dar la idea de algo que sube.

Cuando la mirada recae sobre un objeto muy alto, se tiene una ilusión óptica de que él se va haciendo más delgado naturalmente. Los que concibieron la Catedral de Colonia, para acentuar la idea de elevación, fueron afilando sus torres, de manera que todo da la impresión de una altura que se pierde en los cielos. Tanto más que una parte de ellas es hueca, y está formada por un encaje. Quien ve una fotografía cercana percibe fragmentos de cielo a través de ese encaje. Es decir, se trata de algo medio irreal, en parte del cielo, en parte de la tierra, en parte obra del hombre, en parte obra de Dios.

En el punto que da origen a la cúpula final, aún hay unas puntitas que parece que también quieren acompañar al chorro que sube; no lo consiguen y mueren sobre sí mismas, pero con elegancia, con distinción. Todo es hecho para ir afilando.

Se ve una ventana y un pequeño portal. Después dos ventanas que representan del mismo modo dos ojivas y terminan en una gran ojiva, porque al final se trata de una ojiva, que se pierde en el cielo.

Es una concepción completamente diferente de la Catedral de Notre Dame, pero legítima y que expresa un modo de ser del espíritu humano. Así como nos extasiamos con Notre Dame, debemos también manifestar nuestro júbilo por Colonia. Dios creó a los hombres con características diferentes y quiere que cada uno se exprese como Él lo creó y que uno comprenda al otro.

La fantasía del occidental y la del oriental

Hay otro aspecto muy bonito. Esa catedral no tiene nada de minarete. En una mezquita musulmana, el minarete es aquella torre delgadita de lo alto de la cual canta un muecín. Casi diríamos que el viento va a derrumbarla. Con todo, al oriental le agrada verla enfrentando al viento, como un sueño que fue concebido sin base en la tierra.

En Colonia, al contrario, no existe la fantasía del oriente. La catedral representa la fantasía del occidental, muy diferente. Se trata de algo sólido, de un mundo de piedras, de una base muy fuerte. Las torres, robustas, están clavadas en el suelo hasta el momento en que se separan.

Así actúa el occidental, en particular el alemán, que es verdaderamente sólido: inclusive cuando sube a las más altas divagaciones, tiene los pies en la realidad.

Aquí está algo del espíritu católico cuando sopla en un alma alemana. Saquen la Religión Católica, y el alemán jamás dará en eso. Es decir, todos fuimos concebidos en el pecado original y nosotros, menos la gracia, somos iguales a nada. De esa ecuación nadie se escapa.



Raimond Spekking (CC0)



El arte ojival explotado de modo ideal

El genio de la Edad Media se expresa en todas esas bellezas, y la ojiva delgada se presta exactamente para esto. Se tiene entonces el arte ojival explotado en un sentido idealizador, por así decir, como no se encuentra en Notre Dame. Es algo completamente diferente.

Sería necesario contemplar la belleza de la catedral in loco, con aves levantando vuelo de dentro de las torres y las

campanas sonando. Se tiene la impresión de que son pensamientos contenidos en la torre, los cuales se desprenden y vuelan por el cielo azul. ¡Es de una grandeza enorme! ❖

(Extraído de conferencia del 10/6/1968)

1) Wilhem Richard Wagner (*1813 – +1883). Maestro, compositor, director de teatro y ensayista alemán.



La Inmaculada con la Santísima Trinidad
Museo de Arte Religioso de Santa
Mónica, Puebla, México

Modelo para los contrarrevolucionarios

Por haber sido concebida sin pecado original, la Santísima Virgen realmente pisa la cabeza del demonio. Hay, por lo tanto, un profundo sentido teológico en el hecho de representar la Inmaculada Concepción aplastando la serpiente. ¡Inmaculada Concepción! He aquí la invocación propicia para los contrarrevolucionarios. El modelo para estos es María Santísima que, al contrario de Eva, no conversa con la serpiente y, además, le aplasta constantemente la cabeza. Debemos pedir a Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción tal actitud de espíritu.

¿Qué es el talón de la Virgen sino los hijos que Ella suscitó para su servicio, humildes, desapegados de honores y glorias mundanos, deseosos únicamente de volverse sus instrumentos para aplastar la Revolución? Eso debe constituir nuestro mayor anhelo: ¡ser células vivas del glorioso talón de la Santísima Virgen, a cuya presión nada ha resistido a lo largo de la Historia!

(Extraído de conferencias del 3/12/1964 y 31/1/1989)